

Gaijín: búsqueda identitaria e inmigración oriental en Argentina

*A propósito de la novela de Maximiliano
Matayoshi.*

Mercedes Giuffré

Cuando a comienzos de 2003 supimos en Argentina que un descendiente de japoneses había ganado el premio Primera Novela otorgado por la UNAM y la editorial Alfaguara, y que su obra trataba nada menos que sobre la inmigración oriental en nuestro país, muchos caímos en la cuenta de lo poco que hasta entonces conocíamos acerca del tema (generalmente meros estereotipos).

Resultaría recurrente que hablásemos sobre los mitos que sirvieron de andamiaje a nuestra historia y a nuestra identidad como país, los cuales han sido y están siendo cuestionados desde la Literatura y desde la propia Historiografía. Sin duda, el componente oriental rara vez ha sido tenido en cuenta por ambas disciplinas, a pesar de que su presencia silenciosa nos ha acompañado desde hace más tiempo del que solemos considerar.¹

Gaijín, la novela de Maximiliano Matayoshi, el joven escritor premiado en México (confirmando que nadie es profeta en su tierra) ha venido a refrescar nuestra memoria e incluso a quitar el velo de nuestra mirada euro-céntrica del pasado y del presente.

Narrada en primera persona, la novela evoca vivencias auténticas transmitidas a Matayoshi por su propio padre inmigrante. Simultáneamente, la ficción se mezcla en tales evocaciones para derivar en un moderno relato de resonancias épicas que viene a representar la situación identitaria de todos los inmigrantes, cualquiera que sea su origen, que pasaron y pasan por la dura prueba de abandonar no solamente sus países nativos, sino también sus lenguas y realidades, para asimilar otras que les eran o les son ajenas.

Gaijín es la historia de la metamorfosis de un individuo que aprende a interpretar desde cero nuestra cultura hasta identificarse con ella. Para eso, debe partir de un desgarramiento forzoso, no del todo consciente y, acaso, visto desde la ingenuidad e inmadurez de la adolescencia. Paralelamente, es la historia de un retorno al hogar que, a diferencia de lo que sucede con Ulises en el poema homérico, concluye con la voluntad del personaje de permanecer en el país de adopción y no en el de origen, pues la transformación operada impide toda vuelta atrás.

Gaijín significa extranjero. Es un término que resulta despectivo en japonés y que puede equipararse al concepto de «bárbaro» que utilizaban los antiguos. Gaijín

es quien no pertenece a la cultura y la identidad japonesas. Por ello la paradójica situación de Kitaro, el protagonista, que al regresar a su país natal es también un extranjero. Según Matayoshi, el personaje «vuelve de visita, pero sabemos que se vuelve a ir porque ahora su casa está en otra parte. No lo hice a propósito. Tal vez sea algo inconsciente. Leí demasiadas novelas épicas. Empecé con Tolkien y todos sus vasallos. Es un modelo que se relaciona con todas las culturas.»²

El concepto de épica resulta, particularmente, una instancia interesante para abordar la lectura de la novela, pues se trata de una obra en todo sentido iniciática. «Es una novela iniciática para autor, lector y personaje. Empecé a escribirla mientras leía *The catcher in the rye*, de Sallinger... Entendí cuál era la estructura que quería que tuviera mi novela: eso de redactar y hacer flashback todo el tiempo y contar algo que tiene que ver con la persona adolescente que se convierte en adulta, que era lo que yo estaba viviendo. Siempre digo que el personaje protagónico de Gaijín soy yo teniendo que vivir la vida de mi papá.»³

En la primera parte de la novela, Kitaro se despide de su madre, su hermana y su Okinawa natal, entonces ocupada por soldados norteamericanos después de la derrota japonesa en la contienda bélica, y se embarca hacia la Argentina. «Salimos al amanecer. Mamá cargaba mis bolsas en la espalda y yo llevaba a mi hermana dormida. Caminamos durante horas esquivando los senderos minados que estaban señalados con carteles y cuidando de no meter el pie en los pozos que habían dejado los morteros. Me costaba caminar porque los zapatos eran demasiado grandes y no estaba acostumbrado a usarlos... Mamá dijo que faltaba poco. Antes de ver el mar vi una chimenea por sobre la copa de los árboles. El *Ruys*, así se llamaba el barco, estaba atracado en un puerto secreto... Antes de que oscureciera llegamos a la mesa de oficiales, tres gaijín y un chino. Me pidieron el documento del gobierno sueco y el pasaje y le dijeron a mamá que debía esperar afuera de la fila. Ella me abrazó para después alisar mi camisa arrugada. Mi hermana dijo adiós como si me fuera al colegio o a la plaza... Subí por la rampa y entré al barco.»⁴

El viaje es en sí mismo una odisea, pues Kitaro hace amigos y enemigos (ayudantes y oponentes), supera pruebas y comienza a ver a Japón desde nuevas perspectivas. Como si se tratase de una preparación, un ayuno ritual para recibir la nueva realidad al otro lado del mar, el recorrido por los puertos de Oriente y Occidente, transforma la mirada del personaje y su interior.

El protagonista, tal como sugiere el propio autor, parece encerrar en sí mismo a dos generaciones: la del joven que parte de Okinawa y la del joven que escribe desde una perspectiva occidental y actual. La voz del narrador no puede ocultar, entonces, la mirada de quien está creando la historia: es él (narrador empírico, para utilizar un término de Eco⁵) teniendo que vivir la vida de su padre.

A lo largo de la primera parte de la novela, conjuntamente con el inicio de la transformación de Kitaro, el relato se articula en un castellano neutro y despojado

de adjetivación. Las frases son cortas, pero profundas. Se muestra y se sugiere más de lo que se describe. No obstante, sabemos que la redacción y pulido de Gaijín llevó dos años de trabajo diario e intensivo. Frente a esta afirmación, Matayoshi declara que «no hubo mucha búsqueda de lenguaje en mi novela. Con respecto a lo despojado, yo siempre trato de hacer las cosas de manera sencilla. Eso es tal vez lo que puedo aportar como argentino hijo de japoneses, el ser lo más sencillo posible. No me gusta el barroquismo de los escritores latinoamericanos.»⁶

En la segunda parte de Gaijín, Kitaro pasa por nuevas pruebas que se relacionan con la experiencia de los inmigrantes. De la vida en la colectividad y del sentido de pertenencia a ella, se traslada al interior del país y comienza a formar parte de una vida de integración. Para ello, debe aprender español y entrar en contacto con los otros inmigrantes y descendientes de inmigrantes de orígenes diversos del suyo.

Esta fase es en sí misma un itinerario heroico. Podríamos decir que la estructura global de la novela se repite en pequeño. El personaje parte de lo colectivo japonés (porque la colectividad es en su inicio un pequeño Japón trasladado a América que luego se va transformando hasta ser un componente pleno de la argentinidad). Posteriormente, transita por caminos diversos dentro de lo que conforma dicha argentinidad: la vida en la provincia, el contacto con lo criollo y lo inmigrante europeo, etc. Y finalmente, Kitaro retorna a una colectividad transformada, en la cual, la nueva generación ha operado como puente entre el pasado foráneo y la nueva pertenencia.

«Cuando se produce la ruptura de la inmigración, algo se corta en los lazos que unen al japonés con su tierra y sus antepasados. Los hijos de estos inmigrantes, en cierto modo, están vírgenes para recibir a esta nueva espiritualidad.»⁷

Ese mismo camino, en mayor o menor medida, es el de todo aquel, cualquiera que sea su origen, que vive entre dos tierras. El caso particular de los japoneses posee características que se relacionan con su idiosincrasia y también con el trasfondo cultural tan profundo y oriental que, en la fusión con nuestra identidad en formación (hegemónicamente occidental) adopta mecanismos de integración particulares. Ser argentino de origen japonés significa pertenecer de un modo particular a la cultura argentina.

«El principal problema de la inmigración es el mantenimiento de la identidad, esa facultad humana de sentirse uno mismo, aun cuando cambien las circunstancias exteriores. Los jóvenes inmigrantes japoneses que llegaron a la Argentina a enfrentarse con un universo de realidades nuevas, sufrieron el impacto de la pertenencia: no se pertenece al mundo que se deja, pero tampoco al que se llega.»⁸

En el antes mencionado itinerario que recorre el personaje / héroe, la lengua se transforma a la par que el hablante. En principio, Kitaro piensa en un español que sugiere extranjería para el lector local, pero luego adopta paulatinamente el argentino. Del «neutro» (o español políticamente correcto) pasa al rioplatense. El lector apenas

lo advierte hasta que ya no sabe reconocer el momento exacto en que operó dicha transformación. Allí radica, a nuestro juicio, parte de la originalidad de la novela: en su verosimilitud y en la reproducción o evocación de la metamorfosis lingüística (y por ende también ontológica, en tanto el lenguaje expresa lo que se es).

«Fueron dos meses de intentar evadir aquella regla que nos obligaba a hablar en castellano. Luego de la cocina siguieron los patios, el comedor, las habitaciones y al final en toda la casa no se escuchaba una palabra japonesa.»⁹ Cuenta el narrador en referencia a la vida de Kitaro en la colectividad y en Buenos Aires. Pero una vez trasladado a Mendoza con sus amigos, el personaje expresa lo siguiente:

«Ahora me gustaba tomar mate con bizcochos de grasa... Desde el regazo de Masaaki, Claudia trataba de alcanzar la bombilla. No Claudi, te vas a quemar, dijo mientras intentaba alejarla. *To* se va a poner triste si te quemás, dijo. En lugar de tío la niña me decía *To* y a Lara le decía *Lala* y a veces *Ta Lala ... mo* para llamar a la madre y *po* para llamar a Masaaki. Habían decidido enseñarle primero castellano y luego japonés. Claudia es argentina, decían, tiene que hablar castellano.»¹⁰

También el objeto de la narración, la realidad que vive el protagonista, se va transformando y, hasta cierto punto, latinoamericanizando. Instalados en Mendoza, Kitaro, Midori y Masaaki, esperan las máquinas acordadas con el señor González para poner en marcha el negocio de la tintorería. Sin embargo, en el local y vivienda solo encuentran montañas de libros abandonados, en tanto los tiempos se dilatan y las máquinas jamás llegan. «Sentados en las sillas que habíamos comprado la semana anterior, los tres mirábamos los cambios en la casa. Habían sido jornadas enteras de limpiar y acomodar, vendimos algunas herramientas y los muebles viejos y colocamos los libros del patio en la sala, siguiendo un orden que creí haber descubierto. Para la tintorería compramos un mostrador que ubicamos frente a la ventana de la calle. Aunque las máquinas aún no llegaban, Masaaki decía que era mejor tener todo listo para comenzar a trabajar cuanto antes. Pero cada vez que mencionábamos el tema el señor González seguía sin escucharnos, sólo una vez dijo que las máquinas llegarían en una semana y eso había sido hacía dos.»¹¹

El choque de idiosincrasias es vivido de manera pacífica. La nueva realidad no encuentra una resistencia violenta sino que los personajes la reciben, no sin cierta sorpresa, la aceptan, la viven y luego la transforman. Pero jamás se dejan doblegar por ella.

«Al salir del baño, a través de la ventana vi que Midori parecía mirar a su esposo. Entré en la cocina y observé a una chica que, en la sala, revisaba los libros. Los reconocía uno a uno, se detenía en algunos títulos y luego continuaba. Para los estantes más altos se ponía en puntas de pie y usaba los brazos y se elevaba un poco más... Desde el otro lado del mostrador, Masaaki parecía querer decirle algo, pero cada vez que comenzaba a hablar se arrepentía a último momento. En silencio, sin siquiera movernos, la miramos desplazarse por la sala como si fuera su casa. Al

fin se acercó al mostrador con tres libros bajo el brazo. Me llevo éstos, dijo.

En el cartel colgado sobre la puerta de calle podía leerse *Librería*. Letras rojas y fondo blanco. Volvimos a ordenar los libros, en cada primera página escribimos los precios en lápiz y confeccionamos un largo catálogo que ocupaba dos cuadernos. Pensábamos que mil siete libros nos ayudarían a sobrevivir unas semanas, tal vez un mes, hasta abrir la tintorería. Pero seis meses más tarde el cartel seguía en el mismo lugar.»¹²

Ejemplo del entramado de casualidades, atemporalidades y dejadeces de las que se nutre parte de nuestra realidad, contrapuesta a la perseverancia del inmigrante, la librería de Masaaki (que en los planes de éste iba a ser una tintorería) se perfila como espacio en donde se inicia la fase final de la búsqueda identitaria de Kitaro. Es el lugar simbólico en donde chocan las dos cosmovisiones y en donde el personaje toma conciencia cabal de su nueva realidad. Allí conoce también la literatura local, ahora que la lengua ya no es una barrera, encuentra el primer amor y se relaciona con Lara, la muchacha que ve más allá de los ojos rasgados y el aspecto distintivo del protagonista. También es aquel el lugar donde sobreviene la crisis y la necesidad de retornar transformado a la colectividad y a Buenos Aires (y luego a Japón, pero como visitante, puesto que «casa es donde están tus seres queridos... Si viviste treinta años acá [en Argentina] y viniste joven [como Kitaro], creo que tu vida está de este lado.»¹³).

Podemos concluir diciendo que *Gaijín* es una novela iniciática que presenta en sociedad la prosa de un joven escritor que promete seguir generando obras de interesante resonancia. En sí misma es una construcción estéticamente compleja, a pesar de la sencillez de su lenguaje y de la adopción de un esquema tan antiguo como la épica misma. *Gaijín* eleva a un nivel universal el desafío y el desgarramiento individual del inmigrante. Reconstruye la metamorfosis interior y lingüística de dicho individuo y, como corolario, viene a instalar en nuestro imaginario en plena revisión, el recuerdo de aquel grupo de personas que llegaron de un país tan lejano y cuya descendencia es hoy una parte muy rica y poco explorada de nuestra identidad argentina.

BIBLIOGRAFÍA

- GIUFFRÉ, Mercedes. *En busca de la identidad argentina. Entrevista con Maximiliano Matayoshi*, en Sitio al Margen, Buenos Aires, diciembre de 2003, www.almargen.com.ar.
- HIGA, Jorge. *La Argentina vista con ojos oblicuos*, en Todo es Historia, Buenos Aires, noviembre de 1993, n° 316.
- LAUMONIER, Isabel. *Japoneses: esa otra inmigración*, en Todo es Historia, Buenos Aires, n° 263.

MATAYOSHI, Maximiliano. *Gaijín*, Buenos Aires, Alfaguara, 2003.

Notas

- 1 Cfr. Higa, Jorge. *La Argentina vista con ojos oblicuos*. En este exhaustivo artículo se reproducen testimonios de los inmigrantes y de la vida en la colectividad, la presencia japonesa en diversos momentos de nuestra historia nacional y cultural, y también se brinda información sobre los cafés japoneses que nuclearon a nuestra más alta intelectualidad en el siglo XX.
- 2 Giuffré, *En busca de la identidad argentina. Entrevista con Maximiliano Matayoshi*, pág. 6.
- 3 Op. Cit. pág.3.
- 4 Matayoshi, Gaijín, págs. 16 – 18.
- 5 Cfr. Eco, Umberto. *Seis paseos por los bosques narrativos*, Barcelona, Lumen, 1996, págs. 9 – 33.
- 6 Giuffré, Op. Cit. pág.3.
- 7 Higa, Op. Cit. Pág. 73.
- 8 Op. Cit. Pág. 63.
- 9 Matayoshi, Op.Cit. Pág. 137.
- 10 Op.Cit. 209.
- 11 Op.Cit. 188 – 189.
- 12 Op.Cit. 192 – 193.
- 13 Giuffré, Op. Cit. 5.